

Mundos secretos

Relatos de ciencia ficción

César Herrera

loqueleg

Hay otros mundos, pero están en este.

Hay otras vidas, pero están en ti.

(Paul Eluard)

La noche de los gatos

Son ellos, están cayendo desde el espacio. Vienen como diminutas partículas, casi invisibles; al entrar a la atmósfera y cruzar el umbral entre la tierra y el cielo cobran vida, reaccionan al sentir el aire, como bebés que recién están naciendo. Al cruzar ese tiempo interminable que separa a las galaxias, se forman con solo una célula, son como los humanos y otros seres vivos.

Doña Mandrágora lo ha dicho, lo ha contado durante varias estaciones, y nosotras que hemos estado expectantes ya los hemos visto. En este inmenso jardín ha caído uno de ellos, diminuto, apenas perceptible, con un aroma similar al polvo que desprenden las estrellas. Nosotras no corremos ningún peligro, al menos no inmediato, ha dicho don Helecho gigante que ha tratado de aplastarlo, pero ese pequeño soez ha burlado el ataque.

Es apenas del tamaño de una gota de rocío; sin embargo, por dentro contiene toda la información que viene de más allá de las estrellas y los planetas, una distancia que parece incalculable, *porque nosotras somos la brisa que se mueve por esta casa y el jardín, todo lo que las plantas cuentan lo escuchamos, lo sabemos, lo vemos y debemos contarlo.*

10 El pequeño ser logró llegar hasta una de las ventanillas del sótano. Desde allí se lanzó al vacío y cayó sobre los viejos trastos, se escondió entre ellos por varios días, como si hubiese desaparecido entre las telarañas, no hizo ni un solo movimiento, nada. Quiso hacernos creer que dejó de existir, pero sabíamos que no era así, el ínfimo ser se preparaba para atacar, también lo sabíamos, conforme pasaban las horas dilatando el silencio, en cualquier momento lo haría.

En la casa todo transcurría con naturalidad, nadie siquiera sospechaba que pronto ocurriría algo fuera de lo común. La madre y el padre continuaban con sus tareas cotidianas, la niña Cristina salía todos los días a jugar en el jardín con una de sus amiguitas, jugaban en el pórtico y también en la casa de muñecas.

Yo recorría esos ambientes y pasaba cerca, jugueteaba un poco con sus cabellos (porque eso nos gusta hacer), para que nos sientan; ellas sonríen y juegan también con nosotras: dan vueltas, saltan, ríen y después nos ven alejarnos.

En lo que íbamos hacia la cocina y entrábamos por la ventana abierta vimos a la madre entretenida cocinando algo. Ella también solía sonreír cuando movíamos suavemente las hojas de los jazmines que están sobre la cornisa de la ventana que desprendían un aroma inconfundible.

11

Le dábamos la bienvenida al padre cuando llegaba de trabajar y bajaba de ese viejo vehículo que suele manejar para llegar hasta el pueblo. Él también nos siente, y respira aliviado al sentirnos, pues sabe que está en su hogar.

Y finalmente está él, quien más disfruta de nuestra presencia y a quien también apreciamos, porque es libre como nosotras. Si no está en el tejado contemplando la redonda luna, se encuentra escondido en alguna caja del sótano, o duerme en alguna de las ventanas casi colgando como contorsionista.

—Tomás, baja de allí —suele decirle Cristina

cuando lo ve sobre alguna rama de los árboles. Pero él hace caso omiso.

Duerme allí arriba mientras nosotras damos vueltas lentamente sobre las hojas de las ramas y danzamos al mismo compás que nuestro hermano mayor el viento.

12 El diminuto ser se ha movido entre los rincones, y cuando acordamos logró su cometido: que se lo coman. Un pequeño roedor pasaba cerca y sin darle tiempo se lo tragó en un santiamén, como si se tratara de un insecto. Y luego desapareció por uno de los huecos de la pared del sótano. Allí abajo tiene su pequeña casa, hecha de hojas de papel viejo y picado, lana y otros cachivaches que acarrea a diario.

Esperamos ansiosas durante horas; cuando el pequeño ratón despertó y empezó a convulsionar, se levantó y luego volvió a caer, se dio de golpes contra la pared una y otra vez, nosotras pasamos a toda prisa por entre medio de él, para tratar de detenerlo, pero no nos sintió, seguía en aquella especie de trance.

Al anochecer, cuando abrió sus pequeños ojos, estos lucían rojos, como dos pequeñas brasas de fuego, y miraban fijamente el techo, pero no se

movía. Recién al amanecer se levantó y nos dimos cuenta de que era él quien estaba dirigiendo aquel cuerpo, se movía a través del ratón. Doña Mandrágora dijo que estos seres eran como si fuesen parásitos que devoraban el cerebro de los animales y se posesionaban al mando.

Lo observamos mientras se movía sin miedo alguno buscando la salida del sótano, inmediatamente supimos las intenciones de ese ser que cayó del espacio; todas las historias que habían contado en el jardín eran ciertas, se estaban cumpliendo las profecías. Nosotras dimos varias vueltas por la casa para ver dónde se encontraba Tomás, y él estaba acostado en el pórtico durmiendo.

Doña Mandrágora siempre había tenido razón, nosotras no podíamos hacer nada; ella, que habitaba en lo más recóndito del jardín húmedo, dijo resuelta:

—Ellos tendrán que hacer algo, solo ellos.

El pequeño roedor se paseó con descaro por la parte delantera del jardín, donde solamente había pasto y podía ser visto desde la casa y desde donde estaba Tomás; dimos varias vueltas cerca de él, pero este ni siquiera se percató de nosotras. Fue inevi-

table el instinto de Tomás, abrió los ojos inmediatamente y lo vio allí a escasos cuatro o cinco metros. Nosotras nos paralizamos por un momento al ver lo que estaba ocurriendo. Los ojos amarillos de Tomás se abrieron de sorpresa y se quedó estático por un instante viendo a su presa, luego levantó su ágil cuerpo y caminó lentamente hasta acercarse al roedor.

Este lo miraba fijamente sin moverse; nosotras, que podemos escuchar todas las voces imperceptibles para los humanos, escuchamos que una vocecilla susurraba desde su interior:

—Acércate, no tengas miedo —le decía.

Entonces pensamos que también podríamos advertirle a Tomás, y así lo hicimos de inmediato. Intentamos comunicarnos con el lenguaje gatuno, pero fallamos. Tomás parecía hipnotizado por ese pequeño roedor, ni siquiera se percató de que estábamos a su lado. Pasaron minutos interminables mientras los dos se miraban desafiantes, sin pestañear. El roedor todavía se atrevió a más, se acercó cada vez más al gato. Cuando nos dimos cuenta, desde la ventana estaban mirando la niña y la madre, esta abrió la ventana y gritó: